



EN PARIS

HOMENAJE A RUBEN DARIO

RICARDO GALLARDO
Embajador de El Salvador
y Presidente del Comité
Rubén Darío en París.

Los modestos trabajos que inicié desde hace unos diez años, de carácter privado, primero, y luego como Presidente del Comité pro Rubén Darío, destinados a descubrir, controlar y exponer las fechas de permanencia de Rubén Darío en Francia, así como sus residencias parisinas, me han permitido concluir que habitó en la planta baja de este inmueble, situado en el número 4 de la rue Herschel, desde 1909 a 1912.

Aquí vivió con su "acompañante" española, Francisca Sánchez del Pozo (falecida hace poco tiempo en un hospital de Madrid, a los 83 años) y con el hijo de ambos, a quien el poeta llamaba Güicho, durante ciertas estancias les hacía compañía la hermana de Francisca, llamada María y la doméstica de la familia, cuyo nombre era Genoveva.

Aquí vino a establecerse durante el primer trimestre de 1909, sin por ello abandonar su cargo de Ministro ante su Majestad Católica Alfonso XIII. Desde aquí emprendió dos viajes a América, conservando el apartamento.

Realizó el primero de esos viajes en 1910, y llegó hasta Veracruz, en México, pasando por La Habana, como Delegado del Gobierno de Nicaragua, para conmemorar el primer centenario del "Grito de Dolores".

Mediante su segundo viaje, en 1912, sus ojos se recrearon con el espectáculo de la deslumbrante Bahía de Río de Janeiro y se entrevistó con sus queridos amigos de "La Nación", residentes en Montevideo y en Buenos

Aires. Desde la Argentina escribió cómo le hacía falta la calma y la tranquilidad de que solía disfrutar en esta casa parisina y que ya pensaba en el momento en que volvería a ver a los suyos.

A su regreso, que tuvo lugar en diciembre de 1912, el poeta se mudó de residencia, siempre en compañía de sus caras gentes, para habitar en el número 133 de la rue Michel-Ange, de Auteuil.

¿Es indispensable recordar que en aquel entonces el poeta estaba ya en la apoteosis de su gloria mundana? Ya la mayoría de los escritores de la época le habían discernido los más altos cumplidos. El propio "Príncipe de las Letras francesas", Paul Fort, lo consagró durante una cena en el café Voltaire, como si fuese uno de ellos.

Refiriéndome a las obras que publicó cuando habitaba en este apartamento, debo decir que conviene mostrarse particularmente cauto, ya que muchas de ellas no salieron a la luz sino algunos años más tarde.

Aquí redactó indiscutiblemente a la glo-

ria de México el prólogo que hizo a la obra de Carrasquilla Mallarino, poeta colombiano y gran amigo de Darío, como también redactó el "Canto a la Argentina" para festejar el primer Centenario de la Independencia de aquel país.

"Le Mercure de France" le consagró varias columnas elogiosas y Darío aprovechó su permanencia aquí para escribir numerosos artículos destinados a "La Nación", de Buenos Aires. Con los hermanos Guido, sus amigos de antaño, fundó en mayo de 1911, la revista ilustrada "Mundial" y "Elegancias", cuya lectura se convirtió pronto en un verdadero deleite para los espíritus selectos de la época, tanto en Francia como en el extranjero.

Desde este modesto refugio escribió, directamente en francés, su majestuosa Oda intitulada "France-Amérique", de la que no puedo omitir esta magnífica estrofa:

Marsellesas de bronce y oro que van por el aire,
Son para nuestros corazones ardientes el canto
(de la esperanza
Oyendo del gallo galo el claro clarín,
Se clama: ¡Libertad! y nosotros traducimos: ¡Francia!

En 1911 aparece en la Editorial Garnier Hermanos una pequeña recopilación de sus **Cartas**, cuyo sentido filosófico y sabiduría no atrajeron de inmediato la atención ni el aprecio del público.

El 28 de mayo de 1911, el poeta asistió, en el Jardín del Luxemburgo

Este rincón de ensueños en el jardín divino,
Propicio a las caricias como a las gracias es

a la inauguración oficial del busto dedicado a la memoria de Paul Verlaine, "le pauvre, el pobre, Lelian" que él había tanto admirado.

Fue una ocasión para darnos a conocer en el "Mundial", que él conocía otras obras de arte mejor ejecutadas por Rodin que el busto de Verlaine.

Dos obras poco conocidas salen a la luz en Madrid, en 1910; una de ellas es su "Alfonso XIII".

En fin, es aquí donde concibe y publica su obra "Poemas de Otoño", dedicados a Mariano Miguel de Val, el poeta español que lo había tantas veces ayudado en Madrid. Los "Poemas de Otoño" son como el canto del cisne del aeda, que presente ya su muerte, rodeada de las tinieblas que proyecta sobre la humanidad la primera guerra mundial.

Sin duda todavía escribirá algunas obras y algunas poesías, pero nunca volverá a reproducir la virtuosidad y la sabiduría del Salomón del Eclesiastes, ni el refinamiento y hedonismo del Omar-Khayam, que había tan fielmente evocado en sus "Poemas de Otoño".

Toda obra necesita tiempo y silencio.

Rubén Darío ha pasado ya por esta prueba, tan necesaria.

Se retiró una tarde "en ese jardín de los sueños poblado de rosas y de cisnes errantes", pero nos dejó su clarividencia, el movimiento de un pensamiento y un sentido infinito de la belleza.

Los días y los años han transcurrido; hoy el hombre y la obra nos parecen estrechamente ligados en la misma permanencia del mundo y del espíritu.

Si la fidelidad, en su forma más perfecta, acaba por confundirse con la amistad que protege, es justo que los amigos que no habrá conocido y posiblemente ni tan sólo imaginado, estén presentes en este instante en que París le expresa su testimonio.

Demostrando así una vez más que la idea poética es lo contrario de la idea abstracta y que pertenece esencialmente a la vida, que es inseparable del fardo de los hombres.

Sí, Rubén Darío era ante todo un poeta, uno de esos de los que Jean Cocteau gustaba decir que sus noches están escritas en pleno día.

No se definió a sí mismo cuando escribió: "Hacer de mi alma pura una estrella, una fuente sonora con el horror de la literatura y loco de crepúsculo y de aurora"?

Si los sentimientos esclarecidos y declarados que tenía hacia nuestro país no dejarán nunca de emocionarnos, es evocando al escritor, es pensando en el Parnasiano que nuestra memoria debe ser más minuciosa aún.

Rubén Darío pertenecía ante todo a un solo reino universal de la poesía: su vocación de escritor estaba grabada desde siempre en su destino, para él la definición del Arte, tal como la hizo el autor de "Temps du Mépris", es la ruptura de una relación interior entre un hombre y el mundo.

Poeta de la naturaleza, describe fácilmente porque siente tan profundamente "este árbol feliz, el agua de un verde irisado y de un gris tan cambiante, el pesado buey que contrasta con la suavidad de la aurora".

Para este espíritu tan atractivo, la tristeza no es más que el signo de un alma ávida de elevación; Rubén Darío nos ha dejado páginas esenciales.

Habiendo sido lo que fue en esta Capital, le dio mucho a París; nuestro orgullo es grande al pensar que nuestra Ciudad pesó tanto en su obra.

Quién no recuerda los acentos casi religiosos con los que Rubén Darío relata su llegada a la estación de "Saint-Lazare", ese episodio tan importante de su vida? Y ante esta casa donde vivió, me es grato evocar, en este momento, algunos de sus recuerdos.

A su llegada se hospedó en un hotel es-

pañol situado cerca de la Bolsa, que se llamaba, pomposamente —nos lo hace notar él mismo con un gracejo que la asistencia diplomática apreciará— "Gran Hotel de la Bolsa y de los Embajadores".

Es aquí que tratará entonces de apagar su sed imperiosa de conocer y descubrir a aquellos que, como él, escogieron la parte más extraña de la vida: el ensueño, la creación.

Procura, en primer lugar, conocer a Verlaine, que tanto representa para él. La entrevista le decepcionó y vale la pena de ser contada:

"El pobre Lelian se encontraba entablado en un café de Harcourt, en equívoca compañía, Verlaine se parecía al retrato que hizo de él Eugene Carriere "Se notaba —nos cuenta Darío— que había bebido, golpeaba la mesa y contestaba, de vez en cuando, a los propósitos que se le dirigían".

Un amigo que acompañaba a Rubén Darío hizo la presentación: "Hé aquí un poeta americano, admirador suyo". "Yo —dice Darío— murmuré en mal francés toda la devoción que me fue posible expresar, concluyendo con la palabra: gloria".

Quien sabe lo que le había ocurrido aquella noche al desgraciado maestro.

Lo cierto es que, volviéndose hacia ellos, y sin dejar de golpear la mesa, hizo de la gloria una definición contundente, cruel y difícil de relatar.

"Me retiré precipitadamente —añade Darío— esperando poder encontrarlo de nuevo, en ocasión más propicia".

Fue en un bar de los Grandes Bulevares que Ernest Lajeunesse le presentó a esa otra celebridad: Oscar Wilde, desde hacía poco salido de la cárcel de Reading, donde había escrito la famosa "Balada".

Wilde, que vivía en París bajo el seudónimo balzaciano de Sébastien Melmoth, continuaba siendo tan distinguido, elegante y cortés como siempre.

Debía morir algunos meses más tarde, a la edad de 44 años.

Darío lo supo demasiado tarde y no pudo asistir a su entierro.

En el Café Napolitano se encontraba con frecuencia con el actor Sylvain Courteline, Moréas, Paul Fort. Muy mezclado con la vida parisina, conocía sus detalles y sus peripecias, lo que le permitía escribir brillantes crónicas, algunas de las cuales han sido reunidas bajo el título de "Parnasiana".

Su verbo es divertido cuando evoca la acogida de nuestra Capital a Eduardo VII —o a Víctor Emmanuel— y el suicidio de un estudiante por el amor de una muchacha ligera.

O Rodolfo — O Mimí — O Mujer! — o tal o tal otro acontecimiento corriente parisino que provocaba el desencadenamiento de las pasiones, a propósito de lo cual cita irónicamente "Phédre" de Racine: "El cielo puso en mi seno una llama funesta".

Pero el agradable compañero de las horas parisianas perdía todo su dilatentismo cuando se trataba de ciertos temas que llevaba en el corazón; sus patrias: la íntima, Nicaragua, la grande: América Latina y ese mundo interior que representaba para él la literatura francesa.

Es este mismo hombre que un crítico español, de la envergadura de Ramón Pérez de Ayala consideraba, en 1925 (antes pues de García Lorca), como el más grande poeta lírico que haya escrito en la lengua de Cervantes y de Calderón.

No es indiferente, en verdad, a los amigos parisinos de Rubén Darío, que Rubén Darío haya sido a un tiempo todo esto.

Es quizá pensando en él que otro gran rapsoda que conocía el valor de lo eterno afirmó que toda virtud consiste en ser tranquilo y fuerte: "Así es la nostalgia, vivir sobre las olas y jamás encontrar asilo en el tiempo, y así son los deseos; diálogo en voz baja de la hora cotidiana con la eternidad".

Ciertamente, un poeta no descansa en parte alguna; su tumba no tiene zócalo ni ciprés; pero permítanme pensar, que Rubén Darío pertenece también a París.

JEAN AUBURTIN

Presidente del Consejo Municipal de París.

Al rendir hoy homenaje, por mi medio, a la memoria de Rubén Darío, París recuerda el apasionado apego que el gran poeta americano le manifestó y que brota en tantos y tantos pasajes de su obra.

Abramos, por ejemplo, su Autobiografía. Qué leemos? "Soñaba en París desde mi infancia a tal punto que pedía a Dios en mis oraciones que no me dejara morir sin conocer París. París era para mí como una especie de Paraíso en el que se respiraba la esencia de la felicidad terrestre. Era la ciudad del arte, de la belleza, de la gloria y, por encima de todo, la capital del amor, la reina de los sueños. Y hé aquí que yo iba a conocer París, realizar la mayor aspiración de mi vida. Y cuando, en la estación de Saint-Lazare, pisé tierra parisina, creí pisar tierra sagrada".

Y qué leemos aún, en esta "Oda a Francia", escrita directamente en francés, en junio de 1914, en el momento en que ya la máquina infernal de la primera guerra mundial se había puesto en marcha?

On clame: liberté! et nous traduisons: France!

Y también:

Reine latine éclairez notre jour obscur
Donnez-nous le secret, que votre pas nous trace
Et la force du "Fluctuat nec mergitur".

El crítico español Juan Valera, escribió a

Darío, con motivo de la publicación de su primera obra importante: "Después de haber leído las 132 páginas de "Azul", la primera cosa que se percibe es que está Ud. penetrado de la más brillante literatura francesa. Ud. conoce, ha leído y comprendido a Hugo, Lamartine, Michelet, Baudelaire, Leconte de Lisle, Gautier, Bourget, Sully Prudhomme, Daudet, Zola, Barbey d'Aureville, Catulle Mendés, Goncourt, Flaubert, Rollinat y todos los demás poetas y novelistas. Y Ud. no imita a nadie, no es romántico, ni naturalista, neurótico, ni decadente, ni simbolista, ni parnasiano. Ha madurado Ud. toda esta literatura y, con el alambique de su cerebro, ha extraído una rara quintaesencia".

El mismo Darío quiso afirmar con respecto a Víctor Hugo: "De la lectura de los alejandrinos del gran francés surge la idea de una renovación métrica que yo debía amplificar y realizar más tarde".

En el santuario de la Biblioteca Nacional de París que es la Reserva de los libros más preciados, hace poco entró una obra publicada en 1961 en Buenos Aires y que es una compilación de obras escogidas de Mallarmé traducidas por Javier Abril. Para introducir este autor difícil a los lectores sudamericanos, el editor no encontró mejor recurso que reproducir las páginas consagradas por Darío a Mallarmé en "El Mercurio de América", en 1898; análisis chispeante que 66 años más tarde no ha perdido nada de su poder penetrante.

Se podrían multiplicar los ejemplos de este conocimiento "interior" que tenía Rubén Darío de la literatura francesa.

Entre las primeras lecturas de su infancia figuran, descubiertas en el fondo de un armario familiar, naturalmente "Don Quijote", pero también "Corinne", de Mme de Staél, sin contar una novela francesa, dentro del gusto de la literatura negra tan a la moda a fines del siglo XVIII y principios del XIX: "La Caverne de Sirozzi", de un tal Julius Junius Regnault-Warin.

Pero fue un poco más tarde, en la biblioteca de Managua, en la que ocupaba un empleo desde la edad de 13 años, de los autores franceses contemporáneos suyos: Hugo donde Rubén Darío se inició realmente en el conocimiento y Théophile Gautier, especialmente, que se afanó en traducir para el periódico local.

Nadie podría pues extrañarse de que ese perpétuo viajero, ese espíritu abierto a todos los soplos del planeta, a quien Miguel de Unamuno calificara de "hombre de todos los países" habitara tan voluntaria y tan frecuentemente en París.

Habitó alternativamente en el Faubourg Montmartre, en las calles d'Odessa, Corneille, Michel-Ange, pero es aquí en el número 4 de la calle Herschel donde se puede más fácilmente evocar su silueta, tal como nos la describió el malogrado Ventura García Calderón, otro de esos diplomáticos sudamericanos le-

trados y amigos de Francia, del que Vuestras Excelencias, Señores Embajadores, conservan el brillante estilo y las tradiciones: "La misma corpulencia que Verlaine y que Poe, la misma dipsomanía que hizo miserables sus dos vidas, los mismos ojos de triste dulzura, con cóleras e ingenuidades de niño . " "En él —añade Calderón— la mezcla de razas debía producir no solamente un gran clásico castellano, sino que, por su equilibrio y su don de la armonía, un Helénico de la gran época".

Que me sea pues permitido, en nombre de París, terminar expresando un deseo:

Puesto que Rubén Darío no es tan sólo ese patriota nicaragüense que evocó tan magníficamente su país —y pienso en su poema al Momotombo, el volcán que Víctor Hugo interpellara así: "Oh, vieux Momotombo, colosse chauve et nu",

(Hé aquí los versos de Darío:

El tren rodaba sobre sus rieles Era
En los días dorados de mi primavera
Y en mi Nicaragua natal.
De pronto, entre las cimas de los árboles, vi
Un cono gigantesco "calvo y desnudo",
Y lleno de orgullo antiguo y triunfal)

Puesto que Rubén Darío no es tan sólo este admirador de El Salvador que calificaba así, en 1912, dirigiéndose a los lectores de la revista "Mundial Magazine" en lengua española que dirigía en París: "El Salvador, uno de los países más interesantes, de los más trabajadores y de los más bellos de la América española"; puesto que Rubén Darío es también ese escritor, ese poeta hispanico sobre el cual otro célebre autor americano, el uruguayo José Rodó hizo este juicio imparcial: "Durante veinte años, de una extremidad a otra del Continente, no ha habido ningún poeta que no llevara más o menos profundamente en el alma la marca de su garra renovadora: su poder fue más lejos y, por primera vez en España, el genio americano fue respetado y seguido en tanto que iniciador. Gracias a él, la ruta de los conquistadores se desvió de poniente a levante", puesto que Darío es considerado como un maestro por todos los americanos que, de México a la Tierra de Fuego se consideran hermanos por la sangre y por la herencia latina (nuestros hermanos, pues, también, ya que nosotros, franceses, descendemos, como ellos, de Roma) deseo que al busto de la Plaza de la América Latina, deseo que a esta placa de mármol que acabamos de descubrir, se añada algún día un monumento "más perdurable que el bronce, aere perennius": la traducción al francés, si no de las obras completas de Rubén Darío, por lo menos de sus libros principales: "Prosas Profanas", "Azul", Cantos de Vida y de Esperanza", los que han añadido al patrimonio universal de la humanidad el suntuoso legado de Nicaragua.